

Homilías Domingo Primero de Adviento Ciclo A

+ Lectura del santo Evangelio según san Mateo

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: - Lo que pasó en tiempos de Noé, pasará cuando venga el Hijo del hombre.

Antes del diluvio la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del hombre:

Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a la otra la dejarán.

Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa

Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Recientemente se viene hablando en la sociedad occidental de una enfermedad “*la patología de la abundancia*” cuyos síntomas son diversos, cada uno los conoce y padece. Hay que darse cuenta que un cierto tipo de bienestar fácil puede llegar a atrofiar el crecimiento sano de la persona, aletargando su espíritu y adormeciendo su vitalidad.

Pero, tal vez, uno de los efectos más graves y generalizados de esta patología de la abundancia es la comodidad, la saciedad y frivolidad. Es la ligereza en el planteamiento de los problemas más serios de la vida. Es la superficialidad con que tratamos los

temas, que lo invade casi todo. Este cultivo de lo frívolo se traduce, a menudo, en incoherencias fácilmente detectables entre nosotros.

Quizás tengamos que darnos cuenta de estas incoherencias y estar alertas, atentos, en vela como nos dice el Evangelio. ¿Cuáles son estas incoherencias? Vamos a revisar algunas para intentar no volver a caer en ellas.

Se descuida la educación ética en la enseñanza o se eliminan los fundamentos de la vida moral, y luego nos extrañamos por la corrupción de la vida pública. Se incita a la ganancia del dinero fácil, se promueven los juegos de azar, y luego nos lamentamos de que se produzcan fraudes y negocios sucios.

Se educa a los hijos en que no se comprometan con nada y en la búsqueda egoísta de su propio interés y provecho, y más tarde sorprende que se desentiendan de sus padres ancianos. Dejamos el control de la TV en cualquier mano, esa TV que nos describe violentamente muertes y asesinatos, violaciones y agresiones sexuales y luego nos quejamos de que se produzcan violencias domésticas y callejeras, conductas antisociales, y muertes inexplicables.

Cada uno se dedica a lo suyo, ignorando a quien no le sirva para su propio interés o placer inmediato, y luego nos extrañamos de sentirnos terriblemente solos. En nuestras propias familias, nos mostramos hirientes, ofensivos, distantes, desunidos, y luego nos sorprende que no sea posible la reconciliación, el perdón y la paz entre nosotros.

Se exalta el amor libre y se trivializan las relaciones extramatrimoniales, y al mismo tiempo nos irritamos ante el sufrimiento inevitable de los fracasos y rupturas de los matrimonios. Nos alarmamos ante esa plaga moderna de la depresión y el “estrés”, pero seguimos fomentando un estilo de vida agitado, superficial, vacío y competitivo. Estos y otros

muchos son unos signos de que estamos despistados, dormidos, frívolos...

De la frivolidad sólo es posible liberarse despertando de la inconsciencia, reaccionando con vigor y aprendiendo a vivir de manera más lúcida, más consciente y coherente.

Este es precisamente el grito del evangelio, al comenzar un nuevo año litúrgico en este Adviento de 2010: **“Despertad. Sacudíos el sueño. Estad en vela”**. Nunca es tarde para escuchar la llamada de Jesús a **“vivir vigilantes”**, despertando de tanta frivolidad y asumiendo la vida de manera más responsable.

Precisamente, esto es lo primero: Reaccionar y mantener despierta la resistencia y la rebeldía. Atrevernó a ser diferentes. No actuar como todo el mundo. No identificarnos con lo inhumano de esta sociedad. Vivir en contradicción con tanta mediocridad y falta de sensatez. Iniciar la reacción, eso es lo primero.

Y en esta tarea nos deben animar dos convicciones. El hombre no ha perdido su capacidad de ser más humano y de organizar una sociedad más aceptable. Pero es que, además, el Espíritu de Dios sigue viniendo y actuando en la historia y en el corazón de cada persona.

Hay que animarse: Es posible cambiar el rumbo equivocado que llevamos. Lo que se necesita es que cada vez haya más personas lúcidas que se atrevan a introducir sensatez en medio de tanta locura, sentido moral en medio de tanto vacío ético, calor humano y solidaridad en el seno de tanto pragmatismo sin corazón, austeridad en medio de tanta abundancia; justicia ante tanta desproporción de niveles.

¿De qué tengo que despertar? ¿En qué tengo que estar alerta?

(B)

Estamos en Adviento. Lo iniciamos con este primer domingo. El Adviento es hoy un tiempo “Oficial”. Significa *espera, acontecimiento, preparación, expectación*. Las grandes palabras están cargadas de contenido y necesitan muchos términos para abarcar todo su significado. De todas formas, lo mejor es que mires tu historia y descubras en los momentos de espera de acontecimientos significativos qué es lo que viviste. Eso es Adviento.

El evangelio de Mateo de este domingo nos abre una panorámica para entender lo que es el Adviento situándonos nada más y nada menos que en los tiempos de Noé. El tiempo de Noé es también nuestro tiempo y nuestra historia: hombres y mujeres que viven sin pensar en nada, que viven pensando únicamente en pasarlo bien, en trabajar (si es poco y ganan mucho, mejor), comer y divertirse. “Lo importante es tener trabajo y salud”, nos decimos continuamente. En tiempo de Noé, y en nuestro hoy, muchos viven con pereza para pensar, sin ganas de plantearse preguntas...

Quizás tú mismo (o en tu familia, en tu entorno) has vivido épocas de “paz pacífica”. No pasaba nada. Cuando no pasa nada, no nos hacemos preguntas. Vivimos, tiramos... El verdadero *acontecer* en las personas es aquello que nos hace plantearnos preguntas. Las preguntas existenciales son las que nos sacan de la rutina, las que se convierten verdaderamente en un acontecimiento porque nos obligan a replantear toda la vida. ¿Quién soy yo? ¿Qué sentido tiene mi existencia? ¿Quién es el “señor” de mi corazón? ¿Qué pinto yo en el mundo?

Cuando una persona se formula estos interrogantes *algo puede renacer en su vida. Un tiempo de Adviento o de preparación de una respuesta importante le está visitando*. Ordinariamente no utilizamos la palabra ADVIENTO para describir estas situaciones. Preferimos hablar de “crisis”. “Estoy en crisis” significa: “me lo estoy pensando”, “quiero dar un giro a mi vida”, “tengo que tomar opciones que cambiarán toda mi existencia”, etc.

Para los que creemos en Jesús, el Adviento es “crisis”, “acontecimiento”. Aceptar a Jesús en la propia vida es un acontecimiento que remueve todos nuestros cimientos. Jesús no soporta estar como una cosa más al lado de otras en nuestra vida. Jesús viene a ser *Señor de nuestra vida* y a remover. Jesús es incompatible con determinadas formas de vivir. Así de sencillo y de claro. Y éste es el acontecimiento que el evangelio nos presenta con un lenguaje apocalíptico: como terremoto, como diluvio... Quizás es la forma más realista de describir lo que pasa en nuestro interior cuando acogemos y aceptamos mirarnos en las preguntas más sencillas de la vida, en lo que realmente toca nuestro amor, nuestra razón de ser. Os remito a vuestra propia experiencia.

Decía antes que este tiempo de Adviento es un tiempo “oficial”. Posiblemente durante estas cuatro semanas no te ocurra nada, no te plantees nada. Los acontecimientos vitales no tienen fecha fija en la agenda. Llegan a la hora que menos lo piensas. Siempre ha sido así. Este tiempo “oficial” te puede servir para “estar prevenido y alerta”. Las cosas que se esperan las encajamos mejor y nos zarandean con menos violencia.

Acostumbrarnos a esperar es una buena pedagogía para saber vivir. “A la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del Hombre”, termina diciendo el evangelio. Yo te traduzco así: *si eres creyente, Dios se hará presente en tu vida cuando menos te lo piensas: en la enfermedad, en el aburrimiento, en lo que sientes dentro de tu corazón, en aquello que te hace exclamar: ¡Cómo es posible esto! ¡Es que ni me lo podía imaginar...! ¡Iba todo tan bien...!*

No nos pasan cosas de éstas porque Dios se olvida de nosotros, sino para madurar y dejar en esos momentos un resquicio por el que Dios pueda entrar y seguir siendo Señor de nuestras vidas..

Esto no ha hecho más que comenzar...

(C)

Anthony de Melo cuenta: El discípulo preguntó al maestro:

- “¿Hay algo que yo pueda hacer para llegar a la iluminación?”

- “Tan poco como lo que puedes hacer para que amanezca el sol por las mañanas”.

- “Entonces ¿para qué valen los ejercicios espirituales que tú mismo recomiendas?”

- “Para estar seguro de que no estáis dormidos cuando el sol comienza a salir”.

¿Qué podemos hacer para que llegue Dios a nuestras vidas?

Ciertamente muy poco, porque la venida de Dios es un don gratuito de su amor para con el hombre. No es algo que nosotros podamos merecer. Podemos esperararlo. Pero no apurar su venida. ¿Qué podemos hacer para que la esperanza se haga realidad en nuestros corazones?

Muy poco, por cierto. La esperanza, como la fe, son dones y regalos de Dios al hombre.

Pero sí podemos “estar despiertos” para verle llegar a Dios y para descubrir los signos de esperanza que aún hay en la vida.

Porque Dios está viniendo cada día a nuestras vidas, y nos coge siempre dormidos.

Porque Dios siembra el mundo de signos de esperanza, y nosotros ni nos percatamos de ellos y seguimos hundidos en la noche de nuestras desilusiones y desesperanzas.

De ahí los tres grandes mensajes de la Palabra de Dios en este día:

“Vigilad” dice Jesús en el Evangelio.

“Daos cuenta del momento”, nos dice San Pablo.

“Despertaos del sueño”, nos dice San Pablo.

Tres mensajes que son uno solo. Estar vigilantes, estar atentos, no dejar pasar las ocasiones y las oportunidades de Dios en la historia, en la Iglesia, en la vida.

“Daos cuenta del momento”

No es tiempo para mirar hacia atrás. El adviento es mirar hacia delante.

No es tiempo para quedarnos anclados en el pasado. Que el pasado ya pasó como pasó el agua del río que estás contemplando.

Es tiempo de “darnos cuenta, tomar conciencia” de nuestro hoy, de nuestro presente.

Un presente cargado de dolores y sufrimientos. Cargado de injusticia y maldad.

Pero cargado también de mucha felicidad, de mucha bondad, de mucha generosidad, de mucho amor.

Tenemos que ver lo negativo que hay a nuestro alrededor, pero también tenemos que ver todo lo bueno, que es más que lo que nosotros pensamos. Muchos sólo saben ver lo malo, los imposibles, las dificultades. Tienen vocación de barrenderos de la municipalidad que repasan cada día nuestras calles buscando solo las basuras que arrojamos.

Y necesitamos también la vocación de los jardineros que cada mañana descubren una rosa más en su jardín. Una flor más que se ha abierto durante la noche. Corta a las que ya se han muerto, pero piensa en las que han brotado.

Es posible que muchos sientan que Dios ya no existe, o que si existe debe andar muy ocupado en otras cosas, porque se ha olvidado de nosotros. Pero tampoco faltan quienes siguen amaneciendo cada día con una nueva experiencia de Dios en el alma. Con una nueva alegría por la belleza y la riqueza de la vida.

Con una nueva ilusión y una nueva esperanza. Con una nueva experiencia de nuevas presencias de Dios. Hay muchas flores que nadie verá nunca, pero que están ahí con su belleza glorificando a Dios con sus colores. Hay mucha bondad en el corazón humano, que a veces no vemos, pero que recrea los ojos y el corazón de Dios.

Darnos cuenta de los problemas, sí. Darnos cuenta de las dificultades, sí.

Darnos cuenta de nuestros problemas de esposos, sí.

Darnos cuenta de los riesgos de nuestros jóvenes, sí.

Pero también darnos cuenta de que nuestra esperanza es más que nuestras dificultades.

Darnos cuenta de que entre los dos podemos hacer florecer nuestro amor.

Darnos cuenta de que en el corazón de nuestros jóvenes hay grandes generosidades.

“Despertaos del sueño”

Lo que sucede que es que vivimos demasiado dormidos. Con los ojos cerrados por nuestros cansancios. Con el corazón marchito por muchas desilusiones.

Pero nosotros no somos “hijos del noche”, sino “hijos de la luz”. Nosotros no somos “hijos de las tinieblas”, sino “hijos de la luz”. Nosotros no somos “hijos de la noche”, sino del “hijos del amanecer”.

Y estamos llamados a “pertrecharnos de las armas de la luz” que son: la fe, la esperanza, la caridad, la Palabra de Dios, la gracia. Llamados a “pertrecharnos de las armas de la luz” que son: la verdad, la sinceridad, la honestidad, la justicia, la honradez.

Estar despiertos para ver venir a Dios. Estar despiertos para ver venir el mañana. Estar despiertos para ver venir el futuro. Estar despiertos para ver venir al hermano que se nos acerca. Estar despiertos para ver venir una nueva Navidad, que es un nuevo acontecer de Dios entre nosotros.

Hay que estar bien atentos y bien despiertos, porque, de ordinario, Dios suele colarse en medio de nosotros entrando, no por la puerta grande, sino por la puerta de servicio. Y con frecuencia no por la puerta, sino por las rejas de nuestras ventanas. Cuando llegó por primera vez, todos estaban mirando a la puerta de delante, y El entró por la puerta de atrás. Miraban a las puertas del palacio, y El entró por la cueva sin puerta de unos pastores.

Hay que ver venir a Dios entre las rendijas de nuestros problemas. Entre las rendijas de nuestras oscuridades.

Entre las rendijas del mismo mal que pareciera oscurecerle y ocultarle, pero que también por ahí se nos puede revelar y manifestar.

Lo importante en este tiempo del Adviento es estar “despiertos para ver salir el sol”.

(D)

Desde que S. Freud formuló la hipótesis de que toda una sociedad en su conjunto puede estar enferma, no han sido pocos los que han analizado sus posibles neurosis y enfermedades.

Recientemente se viene hablando en la sociedad occidental de una “patología de la abundancia” cuyos síntomas son diversos. Un cierto tipo de bienestar fácil puede llegar a atrofiar el crecimiento sano de la persona, aletargando su espíritu y adormeciendo su vitalidad.

Pero, tal vez uno de sus efectos más graves y generalizados es la frivolidad. La ligereza en el planteamiento de los problemas más serios de la vida. La superficialidad que lo invade todo. Este cultivo de lo frívolo se traduce, a menudo, en incoherencias fácilmente detectables entre nosotros.

Se descuida la educación ética en la enseñanza o se eliminan los fundamentos de la vida moral, y luego nos extrañamos de la corrupción en la vida pública.

Se incita a la ganancia del dinero fácil, se promueven los juegos

de azar, y luego nos lamentamos de que se produzcan fraudes y negocios sucios.

Se educa a los hijos en la insolidaridad y la búsqueda egoísta de su propio interés, y más tarde sorprende que se desentiendan de sus padres ancianos.

Protestamos del número alarmante de violaciones y agresiones sexuales de todo tipo, pero se sigue fomentando el desenfreno sexual de muchas maneras.

Cada uno se dedica a lo suyo, ignorando a quien no le sirva para su interés o placer inmediato, y luego nos extrañamos de sentirnos terriblemente solos.

Se exalta el amor libre y se trivializan las relaciones extramatrimoniales, y al mismo tiempo nos irritamos ante el sufrimiento inevitable de los fracasos y rupturas de los matrimonios.

Nos alarmamos ante esa plaga moderna de la depresión y el “estrés”, pero seguimos fomentando un estilo de vida agitado, superficial y vacío.

De la frivolidad sólo es posible liberarse despertando de la inconsciencia, reaccionando con vigor y aprendiendo a vivir de manera más lúcida.

Este es precisamente el grito del evangelio, al comenzar un nuevo año litúrgico: “Despertad. Sacudios del sueño. Sed lúcidos”.

Nunca es tarde para escuchar la llamada de Jesús a “vivir vigilantes”, despertando de tanta frivolidad y asumiendo la vida de manera más responsable.

P. Juan Jáuregui Castelo